

QUITO CASA ADENTRO

narrado por mujeres

María Cuvi Sánchez, editora

AUGUSTO BARRERA GUARDERAS
Alcalde Metropolitano de Quito

LUCÍA DURÁN SOLÍS
Secretaria de Cultura del Distrito Metropolitano de Quito

GUIDO DÍAZ NAVARRETE
Director Ejecutivo del Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural, FONSAL

Coordinación editorial: Alfonso Ortiz Crespo

Cuidado de la edición: Paquita Troya Fernández

Foto de portada e interiores: Christoph Hirtz
Retratos de estudio originales: J. di Donato, Foto López, Foto Pazmiño, Foto Salazar, R. Garzón, Joaquín M. Loor, Benjamín Rivadeneira, C. L. Rivadeneira, Carlos S. Rivadeneira, B. Rivadeneira e hijo Studio, M. Wenverow.

Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural, FONSAL
Venezuela 914 y Chile / Telfs.: (593 -2) 2 584-961 / 2 584-962
Comercialización: Verónica Ortiz
Calle Morales E9-25 (La Ronda) y Guayaquil
Telf.: (593 2) 2 282-263

Director de diseño: Rómulo Moya Peralta, TRAMA DISEÑO
Dirección de arte: Meliza de Naranjo, TRAMA DISEÑO

NOCIÓN IMPRENTA
Quito – Ecuador
Telfs.: (593-2) 2 334 2205

Número de ejemplares: 1000

© 2009 María Cuvi Sánchez

© De esta edición FONSAL

Primera edición

Impreso en el Ecuador, 2009

Alentamos la reproducción total o parcial de las ideas que constan en este libro siempre y cuando se cite la fuente.

Registro derecho de autor: 031304

ISBN: 978-9978-366-19-6

305.4
C988q

Cuvi Sánchez, María, editora

Quito casa adentro narrado por mujeres / María Cuvi Sánchez. Quito:

FONSAL, 2009.

372 p., ilus., fotos

Bibliografía: p. 342-343

Prólogo de Álvaro Alemán

ISBN: 978-9978-366-19-6

1. MUJERES – CONDICIONES SOCIALES. 2. QUITO – VIDA Y COSTUMBRES.

3. CULTURA. 4. ESTRUCTURA SOCIAL. 5. PATRIARCADO.

I. Ana Egas de Moreno. II. Rosario Mena de Barrera. III. Mireya Salgado de

Fernández. IV. Carmen Sánchez de Jarrín. V. Alicia Troya de Kennedy. VI.

Bertha Wray de Terán.

ÍNDICE

Prólogo	xi
Agradecimientos	xviii
Introducción	1
Mireya Salgado de Fernández: Me hubiera encantado ser médico	16
Rosario Mena de Barrera: Yo soy lampreadita	70
Ana Egas de Moreno: La buena cocinera se acomoda a todas las circunstancias	126
Bertha Wray de Terán: Me gustaba cazar, tenía muy buena puntería	174
Alicia Troya de Kennedy: Buena cocinera no soy, para disponer soy buenísima	234
Carmen Sánchez de Jarrín: Yo pinto con hilos	288
Inventos del siglo XX que facilitaron el trabajo del ama de casa	341
Bibliografía	342
El Fondo de Salvamento y su programa editorial	345

INTRODUCCIÓN

Cuando le pregunté a Alicia qué significaba para ella vivir en el siglo XXI, me respondió:

—Me siento en este momento, en estos últimos años, perdida con eso de la computadora, del celular, porque en mi época, cuando era joven sabía escribir a máquina y manejar sumadoras. Eso les pasa a la mayor parte de mis amigas, se sienten absolutamente perdidas con tanto invento, tanta evolución es desconcertante.

Ella nació en Quito en 1927. Hice la misma pregunta a doña Rosario, otra quiteña que nació en 1917 y así me contestó:

—Ayer domingo que estuve en la casa de mi hija mi yerno me dice: "Póngase al lado de los guaguas y de este árbol que ha florecido para tomarles una foto". Mientras él me mostraba la foto, mi nieta que está en Roma, nos estaba viendo a través del celular de mi yerno y contestó enseguida diciéndome que estoy linda. ¡Qué brutalidad! No me acostumbro. Es un siglo tremendo este.

Y es que algo vital y misterioso ha sucedido en la manera en que experimentamos el espacio y el tiempo desde hace unas cuatro décadas. Autores como David Harvey (1998) siguiendo a Frederic Jameson considera que la transformación posmoderna es el resultado de una crisis en la cual las categorías espaciales han pasado a dominar a las temporales mientras ambas mutan constantemente, algo que no logramos captar, en parte porque nuestros hábitos de percepción se formaron en un tipo de espacio moderno, anterior al actual. Según Harvey (1998, 313) lo que ha ocurrido es una suerte de "compresión espacio-temporal" que ha cambiado los usos y significados del espacio y el tiempo, nuestras formas de sentirlos y pensarlos.¹

¹ David Harvey sostiene que la revolución es de tal magnitud que nos obliga a modificar, a veces de manera radical, nuestra representación del mundo, tal como ocurrió con el perspectivismo en el Renacimiento.

Una de las manifestaciones de esos cambios es la sensación de que todo es efímero, pasajero, instantáneo, de que todo se vuelve obsoleto muy pronto. Los bienes materiales, los servicios y también los bienes culturales son ahora desechables; las ideas, las ideologías, los valores se disuelven rápidamente. El hecho de poder estar en varios lugares simultáneamente o desplazarnos a grandes velocidades nos impulsa a buscar un lugar donde afirmarnos, por ejemplo nuestro propio cuerpo.

Las narraciones reunidas en este libro muestran cómo es experimentada esa comprensión espacio-temporal por seis mujeres quiteñas que nacieron entre 1913 y 1927. A través de relatos de vida ellas han construido la ciudad que guardan en su memoria. En esa batalla personal que constituye la organización de un relato testimonial, puesto que quien narra necesita fijarle pautas a "una memoria que se empeña en la búsqueda de una 'verdad' en los hechos" (Silva Santisteban 2008, 72), ellas, desde su perspectiva, nos acercan a las transformaciones sociales y espaciales que se han operado en Quito en los últimos 100 años.

En la misma época en que la condición posmoderna comenzaba a desplazar a la moderna, se inauguraba la segunda ola feminista en América Latina que, al cabo de cuarenta años, ha transformado las representaciones de la mujer latinoamericana que dominaron el imaginario de las generaciones que nacimos en la primera mitad del siglo XX. Las narraciones de este libro han sido escritas con el propósito de registrar esas antiguas imágenes y representaciones de lo femenino; el telón de fondo es el tránsito de la ciudad de Quito desde la modernidad a la posmodernidad.

También han sido escritas pensando en las generaciones de mujeres y hombres que nacieron desde hace cuatro décadas, cuando esos cambios ya estaban en marcha. He tratado, como dice Harvey (230), de fijar en ese espacio en blanco que es el papel, a través de la letra escrita, el flujo de la experiencia, el flujo del tiempo para perpetuar el recuerdo. Esa función de la escritura, en mi caso se trenza con mi condición feminista, un modo de estar en este planeta. Sospecho que no elegí la escritura como una forma de vida, ella llegó; sí sé que elegí este modo de vivir que me permite reaccionar cada vez que están en juego nuestras libertades, las de una mujer, las de muchas, las de todas. Relatar nuestras experiencias personales es lo que da sentido a mi escritura, caminar sobre las huellas de otras mujeres tratando de dejar impresas nuestras historias, muchas de las cuales, permanecen en la

memoria de quienes las vivieron. Este ha sido otro de los impulsos que dio nacimiento a este libro, acicateado por el fugaz desconcierto que siento, al recibir en las aulas de clase, miradas suspicaces de algunas estudiantes jóvenes cuando explicito mi condición. También, por esa perplejidad que me provoca las frecuentes declaraciones públicas de jóvenes ecuatorianas rechazando cualquier tipo de asociación de ellas o de sus obras con una postura feminista.² Me asombro tanto como Florence Thomas³ cuando escucho a las jóvenes afirmar vehementes, “con una seguridad pasmosa —y bastante ingenuidad— que nunca han sido discriminadas y que en la actualidad los hombres y las mujeres son iguales” Sospecho, que esas firmes y tajantes declaraciones encubren el temor que hoy siente la gente joven al resquebrajamiento del orden establecido en la pareja, la sexualidad y la familia, “el más duro hueso del poder” como dice Maruja Barrig (2006); también porque posiblemente desconocen desde qué puerto levantamos anclas muchas feministas cuatro décadas atrás y con qué cartas de navegación nos aventuramos en mar abierto. Ese movimiento desde los espacios privados hasta los públicos, pese a ser reciente no es evidente para las generaciones que nacieron en los años 80 y 90 del siglo XX. Sí lo es y mucho para las de generaciones anteriores, puesto tuvimos que “acomodar lo privado en lo público” como dice Elizabeth Maier (2006). Muchas de esas jóvenes que dicen no sentirse discriminadas no habían llegado aún cuando miles de latinoamericanas nos movilizábamos por los escenarios públicos, cuando ese impetuoso oleaje disolvió la categoría convencional de Mujer, con mayúscula, predominante en América Latina, la de esa persona abnegada, entregada, paciente, dependiente, pudorosa, y dio paso a las mujeres múltiples y diversas.

En las narraciones que contiene este libro, varias mujeres recordamos para relatar un aspecto muy particular de nuestras experiencias: el funcionamiento de la familia quiteña durante el siglo XX. Este trabajo pretende mostrar lo que significó vivir bajo un modelo patriarcal, gracias a cuyo debilitamiento, las jóvenes ahora pueden moverse libremente en el mundo

² Ver por ejemplo, entrevistas a: la guionista y directora de la película *Esas no son penas* (Periódico Ocho y Medio no. 68, Quito, abril de 2007); la ganadora del Salón de Julio en Guayaquil, 2007 (diario El Comercio, Quito, martes 24 de julio de 2007, p. 27 Cuaderno 3); la directora del programa de radio *Desde mi visión* (Suplemento patrocinado por ProCosméticos que circuló con el diario El Comercio, el 8 de marzo de 2007).

³ “Manifiesto contra el antifeminismo”. Quito, diario El Comercio, 25 de noviembre de 2007, Revista Domingo, p. 7.

público, situación que estuvo vedada para sus abuelas y parcialmente abierta para sus madres.

A principios del siglo XXI, las mujeres estamos instaladas en los escenarios públicos del mundo. De eso no hay duda alguna; personas de distintas sociedades se han acostumbrado a vernos, escucharnos, inclusive a elegirnos para ejercitar el poder político y ocupar cargos públicos importantes. En América Latina, este proceso comenzó en la década de 1970, producto de un cambio profundo, lento y complejo, que se gestó desde hace varios siglos. Esa presencia de las mujeres, como actoras en los escenarios públicos, es una de las marcas características de Latinoamérica en el paso de siglo; ha abierto la posibilidad de resignificar los papeles tradicionales de madres y amas de casa, de renegociar el peso del poder en las relaciones de género y democratizar el funcionamiento de la familia (Maier 2006). En el Ecuador, la irrupción de las mujeres en los espacios públicos fue masiva sólo desde la década de 1990, proceso que tardó más en condensarse que en otros países como Argentina, Brasil, Chile, México y Colombia. No obstante, aumenta día a día. Es más evidente en la política formal —ministras, diputadas, concejales, alcaldesas, juezas— por lo central que ésta es en la vida nacional.

Partiendo del lema “lo personal es político”, acuñado en Estados Unidos durante la segunda ola feminista, Elizabeth Maier (2006, 32 y 33) analiza cómo en este lema se condensan aspectos claves de las relaciones de poder entre géneros, que las feministas de entonces destaparon. Uno es la separación entre dos mundos: el público, donde se atiende lo presuntamente trascendente y que tiene signo masculino, y el privado de signo femenino, donde se organizan los asuntos cotidianos relacionados con la convivencia, la procreación y la sexualidad. Otro aspecto a tratarse es la fusión simbólica de lo privado y lo personal dentro del espacio ocupado por la familia, una institución jerárquica, aunque las relaciones aparentan ser armoniosas, amorosas y acogedoras. La consecuencia fundamental de estas segmentaciones y fusiones es que al estar ubicadas en el mundo privado, espacio que se les asignó a las mujeres, ellas quedaron alejadas de la producción material y cultural que tiene lugar en el mundo público. Las feministas, agrega Maier, descubrieron que el imaginario masculino moldeaba y controlaba sus cuerpos y que las representaciones de la mujer, creadas por ese imaginario, restringían su desarrollo individual y colectivo. A partir de las experiencias personales y colectivas, las latinoamericanas de las clases

medias urbanas exploraron las articulaciones entre sus vidas cotidianas, su posición subordinada como género y las formas de ejercicio del poder patriarcal. Así, en cuatro palabras —lo personal es político— las feministas lograron desnudar la dimensión subjetiva de las relaciones de poder entre géneros; encontrar el punto simbólico donde se tornan capilares; mostraron lo que Foucault con gran insistencia plantea al respecto del poder: su capacidad para generar tanto placeres como sufrimientos, también discursos, su cualidad polimorfa y ubicua, que le permite esconderse en los pliegues de instituciones como la familia, tema principal de este libro.

Las narraciones de las seis quiteñas están situadas en el mundo privado, tratan sobre las relaciones cotidianas e interpersonales y constituyen una incursión en la subjetividad femenina tradicional transformada en texto. Con ello quiero establecer un contraste entre un ayer y un hoy, también dar cuenta de la instalación paulatina de un nuevo imaginario social, recordar ese proceso de cambio para aquilatar el legado de las que nos precedieron. Contando lo que vivieron las que no alcanzaron a involucrarse en el oleaje feminista de fines del siglo pasado, mi intención es ofrecer una imagen positiva de los feminismos, mostrar por qué vale la pena recordarlos, hacer de nuestras experiencias personales algo memorable (Muraro 1999).

Las experiencias de las mujeres

Elegí como narradoras a quiteñas con fama de buenas cocineras, para que el tema principal de las conversaciones fuese el arte culinario, y elegí este tema porque quería conversar sobre asuntos de los que ellas disfrutaban cuando hablan, ya que los conocen y se sienten seguras. En efecto, estuvieron muy cómodas y contentas mientras me contaban sobre sus inventos, sus recetas y sus accidentados experimentos.

Carlos Monsiváis (2000, 238) dice que la gente latinoamericana de la primera mitad del siglo XX, época a la que ellas pertenecen, aún retienen el pudor y, aunque no se reconozca, también el miedo al ridículo "que disuelve los prestigios a carcajadas." Venciendo esos temores, estas mujeres dejaron escapar algunos secretos de la vida casa adentro. Aflojando sus pudores, poco a poco, con mucho cuidado fueron abriéndonos las puertas de un mundo escasamente explorado en los estudios sobre la historia de mujeres en el Ecuador, presumo que porque se han concentrado en el mundo público, y en aquellas mujeres que se han destacado en la vida política,

social y cultural del país, generalmente por haberse rebelado o haber criticado las exclusiones de las que fueron objeto en el pasado.⁴ Mi intención al haber elegido el mundo privado es difractar "una cierta forma de entender el fenómeno investigado" (Balasch et al. 2005, 136), las formas conocidas y reconocidas de interpretar las relaciones de género en el Ecuador.

Elegí la memoria como método para acercarme a las experiencias de esas mujeres, a sus formas particulares de sumisión y rebeldía ejercitadas en una ciudad y en una época: Quito en el siglo XX. En esas narraciones está recogida parte de la vida de un grupo social y de un género, material que ayudará a construir los rápidos cambios experimentados por tres generaciones de mujeres. Mientras que la subjetividad de la mayoría de sus madres se construyó dentro de sus hogares, sus pequeños reinos, ellas ya accedieron a más espacios públicos a través de la educación laica, el trabajo remunerado, distintas formas de diversión (cine, teatro, plaza de toros) y, en general, los lugares públicos que sus madres no frecuentaron o lo hicieron rara vez. Este es un cambio importante, pese a que ni ellas ni sus madres disfrutaron de los grados de libertad y autonomía personal del que gozan sus nietas.

Si bien las seis narradoras eligieron a sus maridos, a diferencia de la mayoría de sus madres, cuyos matrimonios, en muchos casos, fueron concertados por sus padres, en algunos relatos está presente ese deber de agradecer a los hombres, muy enraizado en las mujeres de esa época, donde el matrimonio suena como si fuera un favor del hombre hacia la mujer.

Sus relatos de vida rozan la textura del tiempo, se puede oler el interior de esas casonas donde transcurrió su infancia. También palpar esa rígida separación entre lo público masculino y lo privado femenino, propio del funcionamiento de las familias quiteñas hasta hace poco, cuando el modelo patriarcal reinaba sin sombras. Fue esa separación, en la que se sustenta dicho modelo, la que les impidió trabajar fuera de casa una vez que contrajeron matrimonio y recibir por ello una remuneración como les habría gustado. Añoran haber asistido a la universidad, haber obtenido una profesión y haberla practicado, tal como sus padres, sus hermanos y sus maridos. Una

⁴ Los estudios sobre historias de las mujeres en el Ecuador buscan encontrarles un lugar digno en la historia del Ecuador. Por ejemplo, en el estudio introductorio de Ana María Goetschel (2006, 13) a la reciente antología sobre los *Orígenes del feminismo en el Ecuador*, ella sostiene que "Salvo contadas excepciones, la historia tradicional y aún 'la nueva historia', no han tomado en cuenta a las mujeres como sujetos activos de la nación ni se han preocupado de visualizar su participación, menos aún su pensamiento".

habría querido ser médica, otra ingeniera, otra pintora; la que más lejos llegó, por haber vivido en el extranjero, se arrepiente de no haber terminado sus estudios universitarios en EE UU. No se trata de una época lejana sino de la vida de nuestras madres y abuelas, la que transcurrió bajo un modelo familiar que las sometió a la dependencia económica, intelectual y amorosa, que les negó la libertad para tomar sus propias decisiones.

Lo que ellas silencian es su sexualidad, terreno en el que ninguna entró; tampoco me animé a empujar esa puerta, la de la castidad y del deseo, algo vedado en esa generación de mujeres, porque (otra vez el eco de Monsiváis "¿Cómo decirle a alguien que no sea el confesor de los sucesos de la alcoba que es el estuche del alma?"). Dejé que la narración cobrara su propio ritmo y dirección, que ellas trazaran el sendero sin presiones. Hablaron de acontecimientos de otra época, de los lugares de diversión, ocio y encuentros, de costumbres desaparecidas, de viajes hacia otros lugares, de sus viajes interiores, de sus pesares y sufrimientos. Hablaron de sus madres y padres, de sus hermanas y hermanos, de sus amigas, vecinos, maridos, hijos, hijas, nietos, nietas y hasta bisnietos.

Elegí únicamente a mujeres porque me interesa iluminar esos espacios donde ha transcurrido la vida de muchas ecuatorianas hasta hace poco. Cuidé que sus voces sobresalgan, que el tejido de esas narraciones no fuera hilado sólo con la vida de los otros, para que las hebras no procedieran exclusivamente de los demás ni se extendieran sólo hacia ellos y ellas, como suele suceder entre mujeres demasiado acostumbradas a practicar el altruismo.

Tramé esas experiencias con la mía tratando de descubrir más elementos de mis identidades (mujer, feminista, heterosexual, mestiza, quiteña e intelectual). Traté de conectarme con mis raíces buscando huellas que me conduzcan hacia otras facetas de nuestra misteriosa subjetividad, esa que de tanto en tanto nos sorprende. Compartimos lo que nos asemeja, lo que nos acerca por el hecho de haber vivido en una misma ciudad, pertenecer a un mismo grupo social y haber sido socializadas bajo un mismo modelo de familia: nuestra condición de madres y abuelas, el gusto por la buena comida, el amor por las plantas y animales, por el tejido, el bordado y la costura, los viajes, la vida en pareja, los parientes, la gente amiga y conocida.

La experiencia es un concepto clave en los estudios feministas y de género, porque mucho contribuye a la construcción de la subjetividad, es aquello que hace de alguien lo que es, dice Merleau Ponty. No es que exista, como sostuvieron en los años setenta del siglo XX, aquellas feministas

que inauguraron la corriente denominada ginocrítica, una continuidad entre la experiencia y el texto, pues de hecho no hay una relación directa entre las palabras y las cosas. Más bien, la experiencia narrada por una persona es, de por sí, una interpretación y a la vez, algo que debe ser interpretado. Tal reelaboración hecha en el presente no es una representación fiel de aquello que sucedió, sino una reconstrucción significativa de una experiencia particular (Joan Scott 1999), "es una narración que privilegia ciertos hechos y olvida otros, silencia algunos y quizás con este silencio también esconda." (Silva Santisteban (2008, 72).

Tampoco es real, como lo hizo la ginocrítica, universalizar la experiencia de las mujeres, asumir que somos idénticas por el hecho de ser mujeres. Resulta que no existe un pasado común que nos identifique a todas, porque nuestras experiencias están moldeadas por el estrato social al que pertenecemos, la generación, la etnia, el lugar, la raza, la religión, la orientación sexual y otras variables que a veces nos distancian más de lo que nuestro género nos acerca. Es en este territorio diverso donde nos construimos como sujetas. Así, las narraciones de este libro corresponden a una época, a una ciudad y a un grupo social.

Un dilema que enfrenté fue cómo ubicar socialmente a las narradoras. Al principio pensé en considerarlas parte de las elites quiteñas. Sin embargo, a medida que la investigación avanzaba comencé a percibir que tal concepto no las definía del todo bien, además de que algunas me dijeron no sentirse parte de esas elites.⁵ La intrincada y ambigua manera de jerarquizar, incluir y excluir usada en la sociedad quiteña implica, en el caso de las elites, distinguirse apelando a una clase y afirmando la condición blanca (mestiza). La más visible manera de distinción son los apellidos. En el medio quiteño, "buenas familias" o familias de "la aristocracia" son las portadoras de los apellidos de quienes fueron grandes terratenientes; la distinción se basa en la propiedad de la tierra y el color de la piel. Los apellidos de las narradoras no corresponden a los de esas familias. Tampoco provienen de familias populares ni han formado parte de aquellas intelectuales de las elites y clases medias que protestaron por la subordinación de las mujeres de su época. Eso sí, se educaron en los dos colegios de mujeres a los que asistían las niñas y jóvenes de las "buenas familias" de Quito,⁶ han vivido en los mismos lugares

⁵ Según el diccionario de María Moliner élite o elite es un "Grupo selecto de personas, por pertenecer a una clase social elevada o por destacarse en una actividad".

y en similares espacios que las "buenas familias", sus padres fueron propietarios de haciendas, quintas y grandes casonas ubicadas en los mismos barrios donde vivieron las elites, han estado en contacto, a través de sus parientes cercanos, padres, hermanos y maridos, con hombres que ocuparon altas posiciones en las esferas del poder político, con reconocidos escritores, pintores y científicos ecuatorianos de su época; han viajado dentro y fuera del país, dos de ellas vivieron fuera del Ecuador varios años y una de ellas habla varios idiomas. Fue por todo esto que me valí de la sugerencia de Bauer (2002, 32) para salir de la ambigüedad: redefinir las fronteras de las relaciones sociales trazando los límites a través de "actos visibles de consumo". Bauer plantea que las elites latinoamericanas de principios del siglo XX, adquirieron bienes importados no sólo porque eran útiles y tenían el dinero para comprarlos, sino sobre todo para exhibirlos como signos de identidad. Vivir en determinados lugares de la ciudad, consumir ciertos alimentos y ropa es lo que asemeja el estilo de vida de las familias de las narradoras al de las elites, en un momento en el cual la ciudad, como Kingman (2006) lo demuestra, atravesaba por cambios profundos. En sus relatos de vida es posible constatar cómo se pusieron en práctica los patrones de consumo que estaban de moda en Europa y EE UU. Si prestamos atención a lo que comieron, bebieron y vistieron; los medios de transporte que usaron, sus lugares de diversión y esparcimiento, no cabe duda de que han disfrutado de muchas comodidades materiales, servicios y bienes culturales consumidos por las "buenas familias". En sus narraciones es evidente que todas poseen muchas de esas costumbres y valores. En lugar de elites he usado el término "conocidas" para resaltar que sin formar parte de la aristocracia quiteña blanco-mestiza, las narradoras y sus familias comparten sus gustos y estilos de vida. Recordemos que el gusto, siguiendo a Pierre Bourdieu (2000, 477), no es algo innato, sino una disposición adquirida que permite marcar diferencias mediante una operación de distinción.

⁶ La educación ha sido uno de los mecanismos de distinción en la sociedad quiteña y, hasta hace poco, el colegio donde se estudiaba permitía "ubicar" socialmente a una persona. Todas se educaron en los dos colegios de mayor prestigio de Quito en su época: uno de monjas católicas—Los Sagrados Corazones— y otro laico, el Colegio 24 de Mayo. La elección de uno u otra refleja tanto la convivencia como la pugna de una u otra orientación ideológica, liberal o conservadora, dentro de esas familias hasta bien entrado el siglo XX. Las Hermanas de los Sagrados Corazones fueron traídas de Europa durante la administración de García Moreno con la intención de introducir, a través de la educación, usos y costumbres europeas. Fundaron en Quito el colegio del mismo nombre en 1862. (Goetschel 1999, 37-38).

En la exploración de las prácticas cotidianas de las familias quiteñas conocidas, uno de los temas que tratamos fue el de la preparación y consumo de alimentos. Me detuve en la elaboración del pan hecho en casa, lo cual terminó siendo un pretexto y una metáfora del consumo casa adentro.⁷ Todas las narradoras, en cumplimiento de los roles de hijas, hermanas, esposas y madres, papeles que se les asignaron dentro de las familias patriarcales, debieron practicar las artes culinarias, unas con mayor dedicación y afición que otras. Todas dirigieron a otras mujeres, las cocineras, en la preparación de las comidas ofrecidas a los miembros de la familia. Diariamente, estas amas de casa dispusieron el menú de los hogares, es decir, estuvieron a cargo de la organización del consumo de alimentos en sus familias. También con el apoyo del servicio doméstico, ellas prepararon los platos especiales ofrecidos en las reuniones sociales, en el festejo de los cumpleaños familiares, los bautizos, las primeras comuniones y las bodas. Ellas valoran los platos tradicionales de la cocina quiteña. Se refieren a varias sopas, a la fanesca, la colada morada, las guaguas de pan, los buñuelos, los pristiños, el arroz con leche, los tamales, las tortillas de maíz, las choclotandas y las melcochas, entre otras. Aprendieron de sus madres a prepararlas y ellas, a su vez, transmiten los secretos a sus hijas, aquellos que hacen la diferencia entre una familia y otra, los signos de la distinción culinaria, por los cuales son elogiadas y gratificadas. Ellas son guardianas y transmisoras de una rica cultura culinaria local, gracias a la cual, estas mujeres recibieron reconocimiento social.

La familia patriarcal

Me sumergí en la familia quiteña para rastrear las huellas de la subjetividad femenina en un espacio tradicional, regido por un modelo patriarcal, como el que predominó tanto en las familias donde nacieron las narradoras, como en las que ellas formaron.

Elegí la familia para poner al descubierto el funcionamiento de las relaciones de género en la vida cotidiana de la ciudad, desde el punto de vista de las mujeres que las experimentaron (nuestras madres y abuelas),

⁷ Este estudio forma parte de la investigación "*El pan en la vida cotidiana de Quito durante el siglo XX*". Por lo tanto el compromiso con la institución que lo financió fue establecer conexiones con las otras historias de la ciudad que tal investigación incluyó: la del molino El Censo y la de panaderos, panes y cultura popular urbana. Está publicada por el FONSAL bajo el título *El Molino y los panaderos. Cultura popular e historia industrial de Quito*. Eduardo Kigman Garcés y Nicolás Cuvi, 2009.

porque esa institución social es la que organiza la convivencia, la sexualidad y la procreación; es donde aprendemos a construir los afectos, valores, hábitos, costumbres, actitudes, etc. En la familia convergen nuestra biografía personal y la historia social de un lugar y de una época. Así, reflexionar sobre la experiencia de las mujeres dentro de familias tan cercanas a las nuestras, significa reflexionar sobre una porción importante de nuestra subjetividad.

En la familia es donde se llevan a cabo las tareas de cuidado y protección, donde existe una intimidad compartida, donde se establecen las responsabilidades que otras instituciones sociales, como la escuela, la iglesia y el Estado controlan y sancionan, sostiene la investigadora feminista argentina Elizabeth Jelin (2006). Y agrega que la familia es también un lugar de consumo de los bienes y servicios que produce una sociedad, lo cual requiere que sus miembros inviertan trabajo y tiempo en comprarlos y consumirlos. Buena parte de las actividades domésticas corresponden a esas tareas, que en sociedades como la ecuatoriana han estado, hasta hace poco, principalmente a cargo de mujeres: las amas de casa, las hijas, las nietas, las sobrinas y las empleadas domésticas. Dentro de la familia se negocian, disputan o imponen las relaciones entre marido y mujer, entre padre/hijos/hijas; entre madre/hijos/hijas; entre hermanos y hermanas y con el resto de la parentela que suele compartir ese espacio.

Ellas rememoran el lugar que hemos ocupado las mujeres, hasta hace poco, en los espacios públicos y privados de la ciudad, al mismo tiempo que ponen al descubierto el terso funcionamiento del poder patriarcal, de esa autoridad ejercida por el hombre, jefe del hogar y padre de familia, así como el deber de la esposa de atender las necesidades domésticas y afectivas de su marido.⁸ La familia patriarcal es el espacio en el cual el padre y jefe de familia ha ejercido su poder sin vigilancia y con poca censura. Los primeros en desafiar la autoridad patriarcal entre las elites latinoamericanas, principalmente en ciudades como Buenos Aires, México, Río de Janeiro, Sao Paulo y Santiago de Chile fueron los hijos, adoptando estilos de vida diferentes, otras opciones profesionales, diferentes formas de consumo y de ejercicio de la sexualidad. La autonomía de las hijas y de las esposas es mucho

⁸ Jelin (2006, 26) sostiene que "En el modelo de la familia patriarcal [...] Los hijos se hallan subordinados a su padre, y la mujer a su marido, a quien otorgan respeto y obediencia[...] Y que el presente y el futuro de los hijos e hijas –su educación y sus tareas cotidianas, la amplitud de su espacio de movimiento, el disciplinamiento y sus opciones futuras– están, en última instancia, en manos del padre".

más tardía y reciente; ha sido posible desde que las mujeres comenzaron a trabajar fuera de sus hogares, y desde que las feministas y mujeres organizadas en torno a un movimiento, cuestionamos, en toda América Latina, el trabajo doméstico gratuito; las tareas de crianza gratuitas; la organización social basada en la reproducción; la división entre lo público y lo privado; la violencia dentro de los hogares, todos estos, pilares en los que sustenta dicho modelo patriarcal.

Sobre la producción de las narraciones

Una vez transcritas las entrevistas estuve varios meses buscando un tono y una forma que me permitieran transmitir, por escrito, el registro de las voces de las entrevistadas, junto con ese ambiente cálido que se creó durante nuestras conversaciones. Fue entonces cuando me cayó del cielo el método de las producciones narrativas.⁹

Además de que algunas premisas de dicho método coinciden con mis posiciones teóricas y metodológicas, sentí ese respaldo tan necesario cuando una está explorando en solitario. Me he tomado, eso sí, una serie de libertades en la aplicación de las sugerencias que aparecen en el artículo de Marcel Balasch y Marisela Montenegro (2003), las mismas que se fundamentan en la perspectiva de los conocimientos situados de Donna Haraway (1995) Lo que esta magnífica pensadora feminista postula es que toda mirada es siempre parcial y localizada y que, por lo tanto, el conocimiento es posible cuando la investigadora o investigador se conecta con otras posiciones, conexión que, sin duda, modificará su posición inicial. Así, un conocimiento situado es el resultado de las conexiones parciales que se establecen entre la investigadora o investigador y la persona investigada, basadas en lenguajes y experiencias compartidas, en medio de posiciones diferentes. Es decir, el conocimiento se produce en la tensión entre semejanza y diferencia y no, necesariamente, sobre una identidad común. Es la investigadora o investigador quien organiza las ideas surgidas en el transcurso de dichas conversaciones y escribe un relato que sea fiel, tanto a la voz como a la forma en que se expresa cada persona entrevistada. Luego la persona entrevistada lee el texto, lo corrige y modifica a su antojo. De esta manera se persigue sortear la clásica división entre objeto y sujeto de estudio y respetar la autoridad de quien participa en la producción del texto.

⁹ Fue Paz Guarderas quien me sugirió usarlo y me facilitó bibliografía al respecto.

La forma y el tono que encontré para transformar las conversaciones en narraciones me remite a la imagen del palimpsesto, pues da una buena idea de una manera de construir conocimientos: escribiendo sobre las huellas de otras, reuniendo y relacionando propuestas, ideas y hallazgos empíricos. Si de algo están hechas esas narraciones es de mezclas, de conexiones, de combinaciones. He mezclado, de manera poco ortodoxa, la entrevista, el testimonio, el relato de vida y la autobiografía. He mezclado temas y problemas generalmente separados por las fronteras disciplinarias, atribuidos ya sea a la historia, a la sociología, a la antropología, al periodismo o al ensayo literario. He combinado textos de distinto tipo. He intercalado mi voz entre sus voces conectando, así, mi experiencia con las suyas.

Las narraciones que a continuación aparecen iluminan ángulos insospechados e imprimen sentidos diferentes a las conocidas historias de la ciudad. Son experiencias que pueden confirmar lo que se conoce, lo que hemos aprendido a ver, así como trastornar lo que se daba por hecho y obligarnos a reajustar nuestra visión para explicar el conflicto de intereses (Scott 1999). Rehuyendo cualquier orientación que pueda homogeneizar las narraciones, trato cada una de éstas como la de una persona, un ser humano único, a la vez que como la de mujeres parecidas entre sí, vulnerables, cuyas voces y cuerpos están cruzados por deseos, gustos, valores, sentimientos y emociones contradictorios, mujeres que están inmersas, a gusto y disgusto, en una forma de vida dominante y hegemónica.

Mientras conversaba con las narradoras y mientras escribía los textos dejé que afloraran esas preguntas que constantemente me hago sobre la época que me ha tocado vivir. Dejé que mis sentimientos dieran sentido a mi trabajo intelectual, para que ese conocimiento se revistiera de afectos, para que los significados, los símbolos, en suma el lenguaje, tuviera un lugar en el cuerpo. En gran parte fue posible porque permití que ellas me narraran, recordando lo que alguna vez leí de alguna feminista, cuyo nombre se me escapa, en alguno de esos libros magníficos que ellas usualmente escriben: "cuando una mujer narra, también narra a las otras". Así esta investigación me ha ofrecido la invaluable posibilidad de establecer vínculos entre mi vida, la vida de las otras mujeres, la de una ciudad, la de un siglo, la de un grupo social.

MARÍA CUVI SÁNCHEZ